

“¡Ha resucitado como había dicho. Ha resucitado de entre los muertos” (Mateo, 27, 46)
Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." (Mateo, 25, 40)

Queridos/as amigos/as: Ya se acercan las fechas de la feria y en nuestra caseta se recuerdan las palabras de Nuestro Señor, y que os hemos referido en la cabecera. Hace unos días se envió por email un correo que llevaba a un apartado de nuestra Web. Como sabemos que no todos tenéis Internet, os transcribimos lo que en nuestra Web, decimos de la Feria y nuestra Caseta.

Sabed que la Web se ve en cualquier parte del Mundo, y que hasta la fecha, en la que vamos a cumplir un año con ella abierta, se ha visitado por parte de los internautas más de 15900 veces.

EL DÍA DE NUESTRAS NIÑAS.- Feria de Abril en la Caseta de la Peña Antorcha, si, así es, FERIA porque allí se vive la feria de muy distintas maneras, es una feria muy particular, se come se bebe y se baila como en toda las demás casetas, pero hay algo en ella que la hace distinta a las demás.

Por nuestra caseta se pasea el Señor, se manifiesta con más fuerza en los días que lo hace convertido en las personas que, para la sociedad, son las más necesitadas: los discapacitados, las niñas y los ancianos, y a lo mejor lo que no sabemos es que somos nosotros los que necesitamos más de ellos, pues en ellos es muy difícil ver la maldad, el egoísmo, la envidia..., es más fácil ver paz, tranquilidad, felicidad... eso que toda persona busca. El acercarse a ellos es ver a Cristo cargando con la Cruz.

En nuestra caseta se nos da la oportunidad de aliviar un poco su peso, allí te puedes convertir en "Verónica" y hacer un gesto compasivo, como ella, que se acercó a enjugar el rostro de Jesús ante tanta crueldad, a ella no le importó, venció todo miedo y decidió amar en medio de una multitud movida por el odio o la indiferencia. O puedes ser Simón el Cirineo que primero agarró la cruz con un brazo, pero instintivamente le tendió el otro a Jesús, que se agarró a él y se dejó levantar suavemente. Cuando sus cabezas estuvieron a la misma altura Simón pudo ver más de cerca los ojos de Jesús, y comprendió que eran iguales, era una persona que necesitaba ayuda y aun con miedo lo acompañó hasta el final. Pues bien en la Peña tienes la oportunidad de mirar cara a cara a Jesús, y eso es algo muy grande. Lo que al principio parece un sacrificio se convierte en una bendición. Si tienes ocasión y te puedes acercar, ven y disfruta sirviendo a los necesitados, la recompensa es inmensa, recibirás el 101 por ciento, te lo aseguro.

EL DÍA NUESTROS ANCIANOS.- Nuestra caseta, pisa el Real con más Fuerza que ninguna. Por qué digo con más fuerza, pues porque no hay ninguna caseta en toda Sevilla que luzca su pañoleta, sus visillos, lámparas, luces, cuadros etc ..., con más razones con las que lo hace esta Peña, pues todo ello se hace por unos motivos, que no se quedan en los de "para que disfruten nuestros socios y amigos", sino que todo eso se pone con el mayor cariño, sabiendo que la visitarán también aquellas personas a las que tanto necesita esta Peña, pues ellas son una de las razones de nuestra existencia, por eso les debemos tanto. Me refiero a los discapacitados de la Cruz Blanca de Montequinto, a los de Auxilia y a los de Regina Mundi; así como a los grupos de ancianos de Monte Tabor, a los del Sagrado Corazón de las Hermanas Franciscanas, a los del Hospital de la Santa Caridad y a los de la Residencia de las Hermanitas de los Pobres y por supuesto a nuestras niñas de los Hogares de San Antonio, de Villanueva del Ariscal, y de Ntra. Sra. de las Mercedes de Fuentes de Andalucía y las de Santa Ángela de la Cruz.

¿QUIEN SON LOS DISMINUIDOS Y DISCAPACITADOS?

Qué sería de nuestra feria sin ellos, nuestros días de feria no serían igual, nos enseñan a disfrutar de las cosas y de la vida. Su ejemplo nos enriquece y nos ayuda a comprender muchas de las cosas que antes no le encontrábamos explicación. Su fuerza, su capacidad de amar, de sonreír, de disfrutar, de hablar, aunque sea con..., simples gestos, o ayudados de un doble folio plastificado con las letras del abecedario, con un "sí" y un "no" y con números, hacen de ellos verdaderos ejemplos de vida dignos de imitar. Desde aquí os invitamos a que conozcáis otra feria, la feria de la solidaridad y la feria en la que te llegarás a preguntar “¿y yo de qué, por qué y de quién me quejo? Si tengo más de lo que me merezco”.

Ese día, si te aventuras a venir, saldrás de nuestra caseta como una persona nueva, y te harás la pregunta que más de uno nos hemos hecho **¿QUIÉN SON LOS DISCAPACITADOS Y DISMINUIDOS? ELLOS O YO**, te lo aseguro.

Este año como novedad en nuestra caseta y con motivo del 40 Aniversario de la fundación de la Peña, tendremos una representación de **PAYASOS**, en la **CASETA DE FERIA**, el **domingo día 29 de Abril** a las **12,00 horas** para hijos pequeños y nietos de los socios que lo deseen.

Hasta la próxima. Un cordial saludo de LA JUNTA DIRECTIVA

UNA DOBLE ALEGRÍA

Nada se nos dice en los Evangelios acerca de cómo pasaron María y los apóstoles las horas transcurridas entre la colación de Jesús en el sepulcro y la noticia de que había resucitado. Sólo sabemos que en aquel intermedio Judas se suicidó y que Jesús descendió a los infiernos para llevarse de allí a los justos que habían estado esperando su victoria sobre el pecado.

Pero ¿qué sintió María en aquellas horas? ¿Estuvo sumida en la desesperación? ¿Se dedicó a lamerse las heridas, a pensar en sí misma y en sus desgracias, a reprocharle a Dios que no hubiera cumplido las promesas hechas cuando la anunciación?

Curiosamente, una ausencia nos puede dar luz sobre lo sucedido. Allí, junto al sepulcro, sólo aparecieron, en un primer momento, Magdalena y otras mujeres, pero no la Virgen. Eso no es en absoluto normal. No hacía falta ser una santa, bastaba con ser un madre corriente, para estar esa mañana allí, ante el sitio donde había sido enterrado Cristo. María estaba al corriente de que Magdalena y las demás se habían encargado de lo necesario para la sepultura, lo mismo que sabía que habían tenido que hacerlo a toda prisa para no infringir el mandato de no trabajar el sábado. Ella sería, pues, la primera —tanto como madre como por el prurito de no dejar que otras mujeres hicieran lo que a ella era debido— en desear estar, con el alba, ante el sepulcro para ver a su Hijo muerto, para volver a abrazarle, para terminar de disponer su cuerpo muerto con la mayor dignidad posible.

Y, sin embargo, no estaba allí. No sólo es extraño, sino que es escandaloso. Tanto que sólo puede haber una explicación: María sabía que Cristo no estaba ya en el sepulcro. Ella estaba enterada, antes de que Pedro y Juan fuesen informados por las mujeres de que la tumba estaba vacía, que su Hijo había resucitado.

¿Por qué sabía estas cosas María? Primero, porque nunca había dudado de ellas, ya que ella sí había sido creyente en las palabras de su Hijo, el cual había advertido un buen número de veces que iba a ser ejecutado pero que al tercer día iba a resucitar. Si los apóstoles lo habían olvidado o no habían dado crédito a esas promesas, era una cosa suya. Ella, por su parte, no había dudado de que lo que Jesús había dicho se cumpliría y que, con el cumplimiento de esa promesa, culminaba el proceso de salvación que Dios había prometido.

Pero también, como han sugerido algunos —entre ellos Juan Pablo II—, María sabía que el sepulcro estaba vacío porque alguien muy especial se lo había contado: su propio Hijo. La más mínima educación y buena cuna exigía que Jesús se apareciera en primer lugar a su Madre. Ella se lo merecía por partida doble: por un lado era la madre y, por ello, la que más le quería y la que más había sufrido con su muerte; por otro, era la primera creyente, la única que no había dudado de que la resurrección iba a tener lugar.

Lo que pasa es que la aparición a María, efectuada en el recogimiento de la casa donde ésta descansaba, no tenía la función de darse a conocer. En cambio, la aparición a Magdalena, además de servir para consolar a aquella querida y fiel amiga, debía servir para que la antigua prostituta pusiera en conocimiento de todos lo que había sucedido. Si, en lugar de Magdalena, hubiera sido María la que lo hubiera contado, su palabra habría tenido menos crédito aún, pues además de ser mujer, cuya palabra no valía nada entonces, como Magdalena, era la madre. Muchos habrían pensado que era un delirio de una anciana triturada por el dolor y no habrían hecho como por su carencia de parentesco, era más apropiada para llamar la atención de los dubitativos apóstoles y atraerles hacia el sepulcro vacío para que, viéndolo, creyeran.

A María, pues, le fue concedido el regalo de la primera aparición de Cristo resucitado. Si alguien se merecía ese don, era ella. Pero, a la vez, si lo mereció fue precisamente porque no dudó, porque mantuvo siempre firme la fe, porque fue una roca que resistió el embate de la desesperación. Ella tuvo, pues, una doble alegría: la de ver a su Hijo vivo y la de saber que había obrado correctamente no habiendo dudado de él. ¡Qué lamentable habría sido, qué tristeza tan grande hubiera empañado ese encuentro, si María hubiera tenido que reprocharse no haber creído en su Hijo, haber dudado de sus promesas!